

Buen viejo

no nos delates...

POR una cumbre de helechos nevados y altos pisapos, va descendiendo una vida vieja. Lleva a sus espaldas un zurrón mugriento y unas barbas bíblicas ensalivadas, que rozan la superficie con su longura insoñita. En la pringada lona de su zurrón hay un guarismo matemático con marchamo negro, que combinado dice: «1946». Parece que el arcaico personaje huye de algo. Acaso de esa misma cifra que no puede botrar de su zurrón viajero. ¿Quién es? Es el tiempo, que ha soportado la prisión de trescientos sesenta y cinco días. Y ¿Dónde va? Se fuga del espacio, porque en el espacio están los hombres que le prendieron y encadenaron. El no volverá a tratar con los hombres. El no sera jamás 1946; algún compañero suyo puede que intente probar fortuna, él odia todo cuanto tras sí quedó. No tornará porque su ánimo ha envejecido, a fuerza de medir hechos desorbitados, imágenes absurdas, pasiones bestiales, incontables ruindades y torpezas. Cuando abrió sus ojos a la diáfana luz de la vida en enero del año pretérito, no podía sospechar que la humanidad tuviera olores de entrañas podridas y que se habría de comportar como pasturante rebaño.

No previó, en su naciente júbilo, las colosales monstruosidades de que sería mudo testigo. Las pasiones irrefrenadas prenderían su guerra y la de las armas. Estas guerras no tendrían tregua ni en la noche estrellada. Los espíritus ruines y envilecidos, serían víctimas de pavor feminil, e impotentes para sotocar el calor producido por el ariete de sus punzantes pasiones. La plebeyez rechazó todas las normas éticas que la religión y la didáctica le ofreció para sublimarse, atenta solo al lenguaje soez del malsano egoísmo. La depauperación mental, precedente de una espiritual pobreza, arrastró a los hombres a cegar todas las fuentes alimentadas con los regatos que corrían bulliciosos por los campos de la moral histórica. Universal mala fe. Universal envidia. Una conciencia agresiva y descarada, y una tenebrosidad diabólica. En el confusionismo macabro y en la mixtificación impura, resultaría estéril todo conato de distinguir el valor del invalorable. Aun a aquellos que pretenden temolar el pendón de los criterios rectos, los vemos caer, en alocado vertigo, en las fauces de las simas abiertas, de los instintos ciegos, de la debilidad cobarde y del pernicioso juicio.

El 1946, tuvo, como signos peculiares y singularísimos, un rencor violento e insaciable de la humanidad para la humanidad, una propensión sacrílega y nihilista de tierras y de seres vivos, una trágica intuición de ruinas desoladas.

Definitivamente, el anciano 46 no volverá. No volverá, aunque los humanos le voceemos desde la cima de la ladera con gritos histéricos. El taburete rabioso de nuestros dientes, no llega ya a sus oídos. Va muy lejos. Prefiere morir bajo la umbela de un pino tan viejo como él, en la noche del espacio, o cobijado con la ropa de algún arbusto nuevo, teniendo por cabecera su tiñoso zurrón y por sudario la nieve que viste de púrpura a los que partieron de esta tierra sin volver los ojos a las ciudades prevaricadoras. Es de lamentar que el año que nos actualiza, no tenga la experiencia del que acaba de fenecer. Si al menos hubieran podido encontrarse en el camino y contarse la perversidad de las criaturas, empeñadas en gobernarse por sí propias, prescindiendo de Dios y de sus postulados y leyes, su universal apotasia y su satánica insubordinación, entonces... el tiempo asistía